

Pensar en la enseñanza del amor como origen de la filosofía

Carlos Tomás Elías. Universidad Nacional de Salta (UNSa, Argentina)

Recibido 01/12/2024 • Aceptado 01/08/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0009-0001-8859-5912>>

Resumen

En el campo de la enseñanza de la filosofía es posible abordar numerosas temáticas. Una de ellas, comúnmente tratada por quienes entran en contacto por primera vez con la disciplina, es la de los orígenes del filosofar de Karl Jaspers. No obstante, resulta llamativo lo reducidos que estos son y el modo en que entre ellos no se incluye al amor; especialmente si se considera que es parte de la etimología de la palabra *filosofía* y que se entiende como punto vincular fundamental entre el sujeto y el conocimiento.

Teniendo en cuenta estos planteos es que a través de estas páginas se cuestiona la exclusión del amor como origen de la filosofía y el filosofar, contemplando su posibilidad de inclusión. Para llevar a cabo esta tarea, se ofrece una definición básica del concepto mencionado, se analiza brevemente el lugar que ocupa en el mundo contemporáneo y se revisan sus posibilidades de despliegue en el ámbito de la enseñanza de la filosofía.

Palabras clave: filosofía, enseñanza de la filosofía, orígenes de la filosofía, emociones, amor.

Abstract

Thinking about the teaching of love as a philosophy's origin

In the field of teaching philosophy, it is possible to mention the work with different topics. One of them, usually treated with those who enter in touch with the discipline for the first time, is the one about its origins according to Karl Jaspers. Nevertheless, it is interesting how they are just a few and the way that love is excluded; especially considering it is part of the etymology of philosophy and one of the most important elements in the relationship between the person and the knowledge.

In that sense, this paper questions the exclusion of love as philosophy's origin and path to philosophize, while showing how it could be included. To this, it offers a basic definition around the mentioned emotion, it briefly analyzes the place it has in the contemporary world and there is a checking of its possibilities in the scope of the teaching of philosophy.

Key words: Philosophy, Teaching of Philosophy, Origins of Philosophy, Emotions, Love.

Pensar en la enseñanza del amor como origen de la filosofía

Carlos Tomás Elías. Universidad Nacional de Salta (UNSa, Argentina)

Recibido 01/12/2024 • Aceptado 01/08/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0009-0001-8859-5912>>

§ 1. Introducción

Cuando se habla de enseñanza de la filosofía, generalmente se hace alusión a una tarea demandante. En el caso argentino, cuando menos, no se suele disponer de mucho tiempo para ella, independientemente del nivel educativo del que se hable. Se sabe que se enseña filosofía con niños en el nivel inicial nada más que en unas pocas instituciones, que en nivel primario no tiene ningún lugar propio, que en el secundario suele contar con tan solo un año que supone una carga horaria muy reducida y que en carreras (no) universitarias aparece de vez en cuando, aunque las más de las veces en un único año.

Además, implica la necesidad de un recorte temático muy importante, esto se sostiene debido a que se tiene que determinar qué es lo que se recuperará de entre las variadas alternativas que ofrecen sus más de veintisiete siglos, mientras se determina si se avanzará con un programa de carácter histórico, problemático o histórico-problemático y el modo en que se ajustará a las exigencias sociales, culturales, políticas, ministeriales, institucionales y, por qué no, propias. Es, también, necesario pensar tanto el tipo de enfoque como las estrategias con las que se realizará.

No se debe perder de vista que, si se entiende que esta labor es un problema filosófico en sí mismo y que habilita la posibilidad de pensar en un acto filosófico al interior de las aulas, se presenta un nivel de complejidad sumamente profundo. Después de todo, se vuelve inviable la mera reproducción de contenidos con el propósito de que los estudiantes repitan de memoria algunos fragmentos de lo que se haya impartido como una cuestión puramente teórica (Cerletti, 2008). Pasan a ser necesarias la reflexión profunda, la innovación constante y el compromiso por promover una subjetivación filosófica que exceda los marcos institucionales y permita

el desarrollo de una actitud frente al conocimiento¹. Aunque claro, para el logro de estas metas resulta menester que el profesor en filosofía se pregunte con rigurosidad hasta qué punto el material del que dispone es suficiente para sus clases y qué podría introducir para enriquecer la experiencia en el espacio a su cargo (bien se podría pensar, siguiendo los planteos de Leonardo Colella (2020), que es con esto que se hace referencia a una enseñanza filosófica de la filosofía capaz de exceder a la didáctica de la filosofía).

Teniendo en cuenta estas consideraciones, este trabajo se plantea el modesto propósito de repensar un tema frecuentemente abordado cuando se introduce a un grupo a las cuestiones más básicas de la filosofía: sus orígenes. Más precisamente, lo que se intenta hacer es revisar hasta qué punto sigue siendo provechoso trabajar con los orígenes de la filosofía tradicionalmente enseñados, para luego proponer al amor como uno nuevo y diferente, clarificando cómo se lo entiende, por qué se lo contempla y las potencialidades que se estima que podría tener.

Aunque es importante destacar que pese a que inicialmente se tiene en vistas el tipo de beneficio que esta dilucidación podría otorgar a la enseñanza de la filosofía, esto podría ir más allá. Retomar e intentar actualizar una cuestión elemental de la filosofía da lugar a la generación de condiciones de posibilidad para repensar lo que se entiende por filosofía, por filosofar, por el modo en que las experiencias vitales se vinculan con los procesos racionales que se ejecutan conscientemente y aquello a lo que se presta atención al momento de posicionarse frente a la madre de todas las ciencias².

§ 2. La necesidad de repensar los orígenes de la filosofía

Tal vez haya algo de razón al momento de afirmar que «la filosofía no aborda más las grandes preguntas sobre el mundo o la vida; se dedica a los interrogantes muy

¹ Aquí, cuando se hace referencia a la subjetivación filosófica, se trata un concepto que refiere al modo en que la enseñanza de la filosofía puede/debe impactar en los distintos actores involucrados en una clase de filosofía con el paso del tiempo. Tiene que ver con la gestación y desarrollo de una actitud puramente filosófica que vaya más allá de lo áulico, que transforme a los sujetos y les permita percibir la realidad de otra manera, más allá de lo que dicta el sentido común (Gauna y Elías, 2023).

² Si bien se sabe que a idea de filosofía como madre de todas las ciencias fue bastante discutida a lo largo de los años, hay una adherencia a esa forma de pensarla debido a las posibilidades de pensamiento por fuera de lo mítico que habilitó con su aparición.

específicos del saber ultraespecializado, del mismo modo en que lo hacen las ciencias exactas o naturales» (Cerletti, 2020: 36). No obstante, lejos de que esto desanime a quienes cuentan con una formación en filosofía, debería servir como un llamado de atención para revisar cuestiones fundamentales para el área.

Siguiendo esta idea, uno debería preguntarse si no sería conveniente volver la mirada hacia tópicos tan naturalizados como los orígenes de la filosofía. En este sentido, valdría preguntarse si en realidad es adecuado seguir pensando en el asombro, la duda y las situaciones límite planteadas por Jaspers (1953) como únicos orígenes del filosofar, o si son suficientes las actualizaciones que proponen filósofos como Cerletti y Kohan (1997) cuando hablan del malestar y, si en los tiempos que corren, con los adormecimientos que favorece la tecnología con todas sus manifestaciones (Han, 2012), es lícito dejar de ver algo más allá de lo que estos autores plantearon y que resulte tanto convocante como movilizador.

Se sabe que hablar de asombro es hacer referencia a la admiración, al estremecimiento ante lo que resulta extraño, al reconocimiento de la ignorancia que impele a conocer. Implica el despertar de una sensibilidad especial en relación con uno mismo y el mundo. No obstante, de acuerdo con Gaspari (2023: 175), «todas las innovaciones tecnológicas de los últimos años contribuyen en mayor o menor medida al efecto global de distanciarnos de la capacidad de asombro». Más precisamente, «nuestra relación de dependencia con una pantalla que cabe cómodamente en una mano [...] constituye un escudo fenomenal para mitigar el efecto subversivo del asombro» (*ibidem*: 176).

La duda tiene que ver con la contrastación de afirmaciones, el someter a examen crítico todo conocimiento adquirido, el sopesar pros y contras en relación con el sostenimiento de ciertas afirmaciones dadas por ciertas y la suspensión del juicio. Pero recuperando los aportes de Victoria Camps, no se debe pasar por alto que «vivimos en tiempos de extremismos, antagonismos y confrontaciones. A todos los niveles y en todos los ámbitos» (2017: 9). Con esto hay un panorama en el que «la duda inquieta y es aguafiestas. Es como la pepita que escupo al morder la manzana, un estorbo para seguir mordiendo con tranquilidad» (*ib.*: 12).

En cuanto a las situaciones límite, se asocian a situaciones indeseables e irreversibles que suponen un punto de inflexión en la vida de los sujetos. Son momentos que

rompen con el flujo de la cotidianeidad, son aquellos en los que se evidencian los escasos alcances de la voluntad y todo lo que se pueda llevar a cabo. Aunque suelen presentarse bajo condiciones relativamente extraordinarias —y por lo tanto contadas— y uno necesita tomar conciencia de ellas. Si bien son potentes, pueden resultar más o menos escasas en los distintos trayectos vitales y no serían aquello que, necesariamente hablando, haría perpetuar una actitud filosófica a través del tiempo³.

En lo referente al malestar, entendido como una reacción de desconfianza e inquietud ante lo dado, instaurado y presentado como dominante, se encuentra un origen que, a diferencia de las situaciones límite, supone una reacción frente a algo que puede presentarse como una constante en la sociedad. Sin embargo, esto se presenta como problemático en la medida en que, dada la posibilidad de regularidad con la que se puede generar, puede llegar a pasar desapercibido por una suerte de anestesiamiento mental⁴.

Cada uno de los orígenes de la filosofía parece presentar ciertas dificultades para su expresión en la sociedad contemporánea, en ocasiones caracterizada como enferma. Siendo esto último consecuencia del abandono de la búsqueda del conocimiento fundado y un peligroso interés por las opiniones, el emotivismo y lo superficial (Guzmán Marín, 2024). El asombro, la duda, las situaciones límite y el malestar se muestran como un abanico de alternativas limitadas y con severos inconvenientes. Parecen ser algo que puede producir un efecto en la gente nada más que cada cierto tiempo y con la alineación de diversas variables, lo cual, naturalmente, pone en riesgo la regularidad del filosofar.

Por supuesto, podría parecer cierto que «el filosofar puede precipitarse sobre nosotros desde la cumbre más insospechada de la rosa de los vientos» (Lyotard, 1989: 98), pero es imprescindible entender que con esto no se alude a una cuestión de generación espontánea y que es preciso reflexionar sobre las fuentes de las que mana

³ Es necesario aclarar que, aunque las situaciones límite podrían dejar una marca en la memoria que podría hacerlas presentes en distintas oportunidades, no hay nada que garantice esto en términos generales y mucho menos con la posibilidad de detonar una actitud filosófica. De ahí que se lleven a cabo las afirmaciones de la última oración.

⁴ Aquí se prefiere hablar de «anestesiamiento mental» en lugar de «indiferencia» debido a que esto último puede implicar una falta de atención. En cambio, lo primero atiende a la idea de un reconocimiento de algo frente a lo que no hay conmoción alguna, en el que no se despierta nada en quien contempla sabiendo lo que se despliega ante sus ojos.

la inclinación para poder estimular su revisión. Solamente con ello se puede favorecer la puesta en escena de ciertos gestos en relación con el conocimiento y el entorno.

Así, uno puede vivenciar distintas experiencias, puede pasar por el asombro, la duda, las situaciones límite y el malestar, pero puede no hacer de ello un origen de la filosofía. Es necesario que uno dimensiona y entienda las potencias de algo que sucede para que se vuelva punto de partida del filosofar. En este sentido, se requiere de observación, identificación, conocimiento y estímulo que faciliten el proceso, que eviten la desestimación de las preguntas que puedan surgir y ayude al abrazo de la propia ignorancia.

A tono con esta idea, ¿cómo no considerar otros orígenes más allá de los generalmente señalados? ¿Es que el elemento fundante de la filosofía se reduce nada más que a lo señalado por Jaspers, Cerletti y Kohan? ¿Es suficiente lo advertido por los autores? ¿Qué pasa si lo que ellos propusieron ya no tiene el efecto de interpelar a otros como lo podría haber hecho en el pasado? ¿Qué sucede si actualmente se enseña algo que rara vez resulta convocante y movilizador? ¿No es necesario pensar en otros matices que componen el paisaje que constituye el surgimiento de un gesto inaugural? ¿No resulta imprescindible considerar algo que pueda estar más allá?

155

§ 3. Pensar en las vinculaciones entre la filosofía y el amor

Puede ser provechoso pensar en las raíces de la filosofía para pensar los interrogantes planteados. No se debe perder de vista que suele ser necesario entender y problematizar el presente a la luz del pasado. Hay elementos tomados como clásicos dentro de una cronología que ciertamente precisan ser revisados para otorgar claridad sobre los temas que se intentan abordar.

Siguiendo con esta idea, etimológicamente hablando, la filosofía puede entenderse como 'amor a la sabiduría'. Se pueden encontrar numerosas formas de entender al concepto ⁵ más allá de esto, pero es importante prestar atención a esta idea aparentemente sencilla. A fin de cuentas, es llamativo el modo en que hay una cuestión

⁵ Está la mirada de Heidegger (1956) que la entiende como una ciencia contemplativa ocupada de cuestiones metafísicas, la perspectiva de Carnap (1993) que la ve como análisis del lenguaje, la idea de Deleuze y Guattari (1997) que la piensa como creación de conceptos, y muchas otras más.

emotiva que parece tratarse de manera superficial y pasajera cuando se menciona al saber que configura la cultura occidental desde hace milenios.

Platón (1988) abordó el tema en profundidad en su *Banquete*. No obstante, después de esto y con el paso del tiempo ocurrió un viraje. La filosofía académica desarrolló cierto rechazo hacia cuestiones vinculadas a lo emocional, incluyendo al amor. No en vano, hace poco más de una década Victoria Camps afirmaba que «aunque hoy se hable mucho de las emociones, éste no es un concepto que forme parte del acervo tradicional de la filosofía» (2011: 25).

Puede que esta situación se deba al intento de reafirmación del carácter racional de la disciplina y a su constante crítica a los despliegues de emotivismo que se propinan desde el sentido común para fundamentar algunas posturas en relación con determinados temas. Aunque también se podría contemplar el abordaje negativo en torno a las emociones —en otro tiempo consideradas pasiones— por parte de distintos filósofos (Dąbrowski, 2016; Gaspari, 2023). Un ejemplo claro se muestra con Heidegger que decía que «los sentimientos, incluso los más bellos, no pertenecen a la filosofía. Se dice que los sentimientos son algo irracional. La filosofía, por el contrario, no sólo es algo racional, sino la verdadera administradora de la razón» (s. f. [1956]: 11).

Sea cual fuere el caso, la manera de entender a la praxis filosófica sufrió variadas reconfiguraciones a lo largo de su desarrollo. Con el tiempo la filosofía —junto con su quehacer— tomó el aspecto de saber sacro, contrapuesto a lo aparentemente profano de lo emotivo. Incluso se podría pensar sobre este asunto observando la forma en que la idea de filósofo quedó subsumida bajo la figura del investigador o el académico, mientras se distanciaba de la idea del amante de la sabiduría.

A este respecto cabe preguntarse, ¿hasta qué punto, quien tiene una formación en filosofía, «filosofa» y produce por placer y hasta qué punto lo hace para cumplir con las demandas del organismo que financia su labor? ¿Qué tantos *papers* fueron publicados por un interés genuino hacia una temática y qué tanto respondieron a una simple necesidad de cumplimentación? ¿La academia funciona como incentivadora del deseo o como su mitigadora? ¿Hasta qué punto se imponen limitaciones al desarrollo del interés auténtico que alguien puede cargar?

Quizá se podría sostener que hubo una mutación en el orden de intereses y prioridades. El «conócete a ti mismo», que implicaba una mirada integral de la

interioridad de cada quien, fue trocado por un «conoce las reglas del juego»; entendiendo por «juego» al mundo laboral, con pretensiones de cientificidad y hambriento por la cumplimentación de ciertos estándares de objetividad. Pero claro, en este tipo de contexto, ¿cómo —o por qué— pensar en algo como el amor?

A primera vista el amor no sería un medio adecuado para la satisfacción de las demandas de un mundo signado por las exigencias constantes, los ritmos acelerados y la búsqueda de racionalizaciones «limpias». Sin embargo, valdría la pena preguntarse si esta falta de adaptación realmente debería interesarle a la filosofía. Recuperando las palabras de Lyotard (1989), si a un filósofo se le preguntara el motivo por el que filosofa, este sencillamente podría responder que es porque quiere, porque le apetece. Se entiende que en ese acto hay una cuestión propia del deseo que no responde a los estándares productivistas por los que se rige el mundo.

Y, también, dado su carácter inicial, cabe preguntarse si esta emoción —el amor— no podría constituir uno de los orígenes de nuestra empresa. Aunque claro, resulta imprescindible esclarecer el concepto y su sentido.

§ 4. El amor como experiencia humana pluriforme, delicada y donativa

157

Para avanzar con lo señalado, y a modo de definición tentativa, se podría sostener que el amor es una experiencia humana pluriforme, delicada y donativa. Aunque claro, el sentido de la colección de palabras seleccionadas resulta un tanto difusa si es que se deja sin una explicación. Es necesario desarrollar y profundizar.

Siguiendo los aportes de Ilaria Gaspari, el amor es parte de las «emociones que todos sentimos: los fuertes y los débiles, los afortunados y los desafortunados, los alegres y los melancólicos» (2023: 13). Pareciera ser una experiencia tan potente, común e inevitable a todos como lo podría ser la muerte. Sin embargo, señalando su carácter abarcativo, no sería extraño que el lector se pregunte por las razones debido a las cuales se hace referencia nada más que a lo humano.

Lo cierto es que en este caso se habla de una experiencia fundamentalmente humana reconociendo que en este escrito se intenta prestar atención a una de las potencias vinculares del hombre para dar lugar al filosofar. Se reconoce que dependiendo de la definición que se emplee y desde el lugar desde el que uno se posicione, podría haber

una mayor extensión en el concepto. No obstante, centrarse en esto excedería el marco con el que se intenta trabajar a través de estas páginas.

Ahora bien, se dice que el amor cuenta con la pluriformidad entre sus rasgos distintivos a causa de sus posibilidades de manifestación. Como señalan diversos autores (Lewis, 1995; Phillips, 2007; Fromm, 2013), el amor no es un fenómeno homogéneo, capaz de mostrarse de manera idéntica en cada una de sus apariciones. En el mundo griego antiguo esto ya se reconocía con perfecta claridad; para hacer referencia a él se hablaba de *eros*, *storge*, *xenía*, *philia* y *agapé*. Más tarde, hubo reappropriaciones que supusieron matices diferentes y algunas ampliaciones. Lo primero se puede observar, por ejemplo, con el despojo del sentido político que antes tenía la amistad o con las formas de expresión del componente erótico al interior de los vínculos sexo-afectivos. Lo segundo, por su parte, implica la aparición de ideas relativas al amor propio y al amor a Dios, entre otras.

Aunque, claro, en cada una de estas expresiones siempre permaneció un conjunto de elementos comunes en la base, siendo posible mencionar entre ellos a la delicadeza y a la donatividad.

En relación con lo señalado, cuando se alude a su delicadeza se hace referencia a los cuidados que el amor —en cualquiera de sus formas— requiere para ser. Después de todo, no se trata de algo generado de manera totalmente espontánea y que logre su desarrollo a causa de una variable tan caprichosa como la suerte. Se trata de algo que requiere el cumplimiento de diversas condiciones de posibilidad. La emoción requiere de un trabajo atento, dedicado y minucioso (Fromm, 2013), prácticamente artesanal. Sólo con ello podrá tener la oportunidad de soportar las pruebas del tiempo y, con ello, de demostrar su autenticidad (Badiou y Truong, 2012).

Esta idea de autenticidad de la que se habla se encuentra en íntima relación con la donatividad. Pero es necesario entender que este concepto no se entiende como una simple entrega de tiempo y afecto. Tiene que ver tanto con una elección como con una apertura consciente y vulnerable. Hay elección en la medida en que, aun reconociendo la diferencia entre el «yo» y el «otro», persiste el deseo de incorporar dicha diferencia propia de la alteridad del encuentro en la propia vida. Se dice que hay una apertura consciente y vulnerable porque en ese deseo —que inevitablemente implica una toma

de decisión—, quien ama hace un salto de fe revelando su fragilidad mientras reconoce los posibles riesgos que ello implica⁶.

El amor se constituye como una experiencia compleja. Implica, pero a su vez trasciende, el componente biológico que implica la liberación de cargas de oxitocina y serotonina, no siempre bien controladas a causa de una corteza prefrontal que demora en madurar. Implica una serie de pulsiones, pero que no se identifican con la instintividad pura y animal. Supone un ejercicio de reconocimiento en el que se ve involucrada cierta cuota de comprensión, racionalidad y determinación. Únicamente con esto el deseo se despoja del vicio prístino que lo podría acompañar, se anuda con un cierto grado de virtud en el que el sujeto busca crecer y velar por el otro, y así, finalmente, logra devenir amor.

El problema es que frente a estas afirmaciones que cuentan con una pretensión definitoria, uno podría preguntarse hasta qué punto es posible hallar al amor. En la sociedad contemporánea, diagnosticada con numerosos problemas y en la que parece difícil experimentar un amor genuino, (Han, 2014; Guanzini, 2017; Bauman, 2018) ¿tiene algún sentido buscarlo? ¿Es viable hablar de su sentido e intentar incorporarlo en los procesos de enseñanza como un tema relevante? ¿Todavía cuenta con un lugar en el seno de la filosofía, si es que se considera su posible escasez?

§ 5. El sentido de enseñar las vinculaciones entre el amor y la filosofía

Byung-Chul Han inicia *La agonía del Eros* con una fuerte afirmación. Según él:

[...] en tiempos recientes se ha proclamado con frecuencia el final del amor. Se piensa que hoy el amor perece por la ilimitada libertad de elección, por las numerosas opciones y la coacción de lo óptimo y que en un mundo de posibilidades ilimitadas, no es posible el amor. [2014: 9]

⁶ En cierto modo, Zygmunt Bauman pone esto en palabras cuando dice que: «Mientras viva, el amor estará siempre rondando el filo de la derrota. Disuelve su pasado sobre la marcha; no deja trincheras fortificadas tras de sí a las que pueda replegarse en busca de refugio cuando lleguen los problemas. Y desconoce qué le queda por delante y qué futuro puede depararle. Jamás adquirirá una confianza lo suficientemente fuerte como para dispersar las nubes y sofocar la ansiedad. El amor es un préstamo hipotecario suscrito a cuenta de un futuro incierto e inescrutable» (2018: 28).

Pareciera ser que en pleno siglo XXI, donde abundan los discursos abocados a destacar los numerosos avances existentes, uno de los elementos más profundos y significativos de la vida se encuentra perdido. Aún con la presencia de los desarrollos destinados a favorecer un estilo de vida más agradable, se evidencia una cierta pobreza emocional que resulta, cuando menos, alarmante. En lugar de obtener un aumento del confort, la sociedad se sume cada vez en situaciones que predisponen al estrés, el agotamiento, el cansancio, la explotación y el dolor.

No obstante, sería interesante que uno se pregunte si es que los abundantes inconvenientes que presenta el mundo contemporáneo realmente suponen «el fin del amor». A fin de cuentas, el amor es parte de lo más íntimo del ser humano. Puede que resulte dificultoso notarlo o que haya ciertas resistencias en trabajar sobre su semilla para que logre prosperar y florecer. Pero eso es muy distinto a su final. Incluso en un mar de consumismo y cosificación, siguen existiendo alternativas para la cosecha de aquello que evita la maquinización humana.

Las tendencias sociales se modifican todo el tiempo y lo que muestra el presente no tiene por qué ser algo distinto a un cambio más. Es necesario evitar caer en la falacia desde la que se considera que los tiempos de antes fueron mejores. Tan sólo se instauró una alteración como es natural en el *continuum* del tiempo. En ese sentido, ¿por qué no simplemente pensar que el amor se metamorfoseó? ¿Por qué no contemplar la posibilidad de que ahora encuentre otros modos de expresión?

Parte de las tareas de la filosofía tienen que ver con la identificación de estas cuestiones para su reflexión y apropiación. Desde un inicio el quehacer filosófico estuvo signado por el amor y no hay razones para pensar que ese sello distintivo se desvaneció. En ese sentido, se podría sostener que a la filosofía le conviene y corresponde volver sobre su raíz. Esto con el *jánico* propósito de comprenderse a sí misma y de entender a la sociedad en la que extiende sus ramas.

No es viable olvidar que «sabio/a, artista, militante y amante son los roles que la filosofía exige a su sujeto» (Badiou y Truong, 2012: 12). Es imposible ignorar al amor desde el lugar de quien se relaciona con la filosofía. El filósofo y quien filosofa⁷, entre

⁷ Aquí, aunque la cuestión pueda parecer algo tautológica, se traza una distinción considerando que si bien todo ser humano puede ser entendido como animal filosofante (Comte-Sponville, 2017), no todo aquel que filosofa es un filósofo. Hay una suerte de *continuum* en la actividad del filosofar que, si bien no tiene límites claros ni universalmente aplicables, determina una diferencia.

las distintas cosas que son, se muestran como irremediables enamorados que eligen vincularse con el conocimiento a causa del sentir que les suscita su realidad (esto si se sigue pensando, cual es nuestro caso, que en la base más prístina de la filosofía opera el amor a la sabiduría). Por ello sería conveniente añadir dilucidaciones relativas a esta emoción al ya variado acervo reflexivo del que dispone la disciplina.

Poder pensar en este tópico y enseñarlo, podría colaborar con la generación de una filosofía más auténtica y conectada con su origen —el no enseñado como tal—. Mediante este tipo de acciones se podría arribar a una enseñanza de la filosofía diferente en la que se combinen los elementos racionales y emocionales (Elías, 2023). Se verían otras fuentes atemporales de las que mana el filosofar, haciendo esta acción más asible y deseable. Se mostrarían sendas distintas al asombro, la duda, las situaciones límite y el malestar, ampliando el panorama tradicionalmente enseñado e indicando alternativas relativamente novedosas para la conmoción e interpelación que llevan a un preguntar radical.

Después de todo, quien pasa por la experiencia del amor no puede no enfrentarse en algún momento a variadas constelaciones de interrogantes que no hacen más que llevar a la desnaturalización de lo obvio y al consecuente cuestionamiento de lo que se considera ya sabido. En el acto amoroso que obliga a que uno salga de sí para comprender al otro se acepta forzosamente la ignorancia que se porta y se vivencia una incomodidad que busca su alivio en el bálsamo de un conocimiento que se intenta alcanzar, aún sin tener por seguro si es que efectivamente se puede tocar.

El amor termina siendo algo tan movilizador como la muerte, aunque su efecto cuente con un matiz completamente distinto. Afecta a la sensibilidad de una manera única y se ve revestido con la capacidad de afectar la visión del mundo que tiene quien lo experimenta. Es una fuerza transformadora que, aunque en ocasiones pueda nublar el juicio, tiene la potencia necesaria para esclarecerlo en la medida en que reciba la debida atención. En tanto quien es abrazado por él le preste atención a su fondo y no se quede nada más que con lo que produce, lo que durante un tiempo se pensó como pasión adquirirá el carácter de elemento acompañado por la virtud y tendrá la posibilidad de ampliar horizontes de manera extraordinaria.

Por medio de la interpelación que produce la experiencia amorosa y que puede desencadenar el filosofar sería viable establecer reflexiones de variada naturaleza,

pensar en mundos posibles, diferentes del que ya se tiene (Gentiletti, 2021) y favorecer la aparición de una actitud crítica que permita un posicionamiento diferente al que podría esperar una sociedad que contemple a sus integrantes como meros instrumentos destinados a la explotación.

§ 6. A modo de cierre

Los orígenes de la filosofía suelen ser parte de los tópicos más básicos al momento de tener que introducir a los neófitos al campo de la filosofía académica. No obstante, cuando se estudian se suelen señalar de manera muy limitada. Comúnmente se vuelve sobre *La filosofía* de Karl Jaspers (1953) que señala al asombro, la duda y las situaciones límite. A veces, hay quienes retoman la actualización propuesta por Alejandro Cerletti y Walter Kohan (1997) que propone la alternativa del malestar. Pero difícilmente se va más allá.

En este trabajo se vuelve sobre los planteos propios de las fuentes atemporales de las que se dice que mana el filosofar y se los intenta repensar. Así, contemplando las presencias teóricas, se advierte una ausencia un tanto alarmante: la del amor. Se plantea la inquietud desde la que se pregunta cómo puede ser posible que, entendiendo a la filosofía como amor a la sabiduría, no se tenga en cuenta al propio amor como uno de sus afamados orígenes y a la luz de qué argumentos se lo podría empezar a considerar.

Naturalmente, para ello se revisa la forma en que se puede entender al amor hoy en día y si es que efectivamente se encuentra en condiciones de rozar fibras sensibles que movilicen el pensar filosófico-reflexivo. Se examina si, como sostienen algunos autores, el amor ya llegó a su fin, si los vínculos sostenidos en la época contemporánea son tan frágiles como se suele creer y si la emoción base de la filosofía podría seguir jugando un papel digno de mención en el ejercicio de su quehacer, aun habiendo pasado más de dos milenios atravesados por miríadas de cambios.

En este sentido, para abordar el tema de interés se lleva a cabo un modesto recorrido compuesto por cuatro partes. Se inicia con la presentación de algunas razones por las cuales sería prudente repensar los orígenes de la filosofía tradicionalmente tratados en los círculos académicos. Luego, se tratan las relaciones usualmente señaladas entre la

filosofía y el amor para ver la factibilidad de su inclusión entre las fuentes del filosofar. Terminado esto, se propone un concepto de amor que sirva como complemento para la vinculación observada y que contribuya a reflexionar sobre su relevancia. A la postre, se plantea qué tan significativo sería ver y enseñar al amor como origen de la filosofía.

Así, en el trayecto de la escritura que corresponde a estas páginas se define al amor como experiencia humana pluriforme, delicada y donativa. Se dice que aún tiene un lugar en el mundo, que puede posibilitar el filosofar y que, en este aspecto, posee una potencia tan notable como lo podría tener la muerte. Se contempla a esta emoción como raíz originaria de la filosofía y como algo que no se puede olvidar. Después de todo, su enseñanza bien podría ampliar horizontes, modificar visiones y colaborar con el desarrollo de una actitud crítica, antihegemónica y altamente necesaria para los tiempos que corren.

Bibliografía

- Badiou, Alain y Truong, Nicolas (2012), *Elogio del amor*. Buenos Aires, Paidós.
- Bauman, Zygmunt (2018), *Amor líquido. Sobre la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires, Paidós.
- Camps, Victoria (2011), *El gobierno de las emociones*. Barcelona, Herder.
- Camps, Victoria (2017), *Elogio de la duda*. Barcelona, Arpa.
- Carnap, Rudolph (1993), «La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje», en Alfred J. Ayer, *El positivismo lógico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cerletti, Alejandro (2020), «El deseo de filosofía y la reflexión sobre el presente», en *Ensayos para una didáctica filosófica*. NEFI, pp. 33-41.
- Cerletti, Alejandro (2008), *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Cerletti, Alejandro y Kohan, Walter O. (1997), *La filosofía en la escuela. Caminos para pensar su sentido*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Colella, Leonardo (2020), *¿Qué es la enseñanza de la filosofía?*, en YouTube, <<https://www.youtube.com/watch?v=nRIDY1vDTQ4>>, [11/10/2024]. Vídeo.
- Comte-Sponville, André (2017), *Invitación a la filosofía*. Buenos Aires, Paidós.
- Dąbrowski, Andrzej (2016), «Emotions in Philosophy. A Short Introduction», en *Studia Humana*, vol. 5, is. 3, pp. 8-20, <<https://doi.org/10.1515/sh-2016-0011>>, [10/11/2024].
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1997), *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Anagrama.
- Elías, Carlos Tomás (2023), «Una enseñanza de la filosofía diferente. Una alternativa entre emociones y racionalidad», *Saberes y Prácticas. Revista de Filosofía y Educación*, vol. 8, n.º 2, pp. 1-14, <<https://doi.org/10.48162/rev.36.109>>, [09/11/2024].

- Fromm, Erich (2013), *El arte de amar*. Buenos Aires, Paidós.
- Gauna, Romina y Elías, Carlos (comps.) (2023), *Enseñanza de la filosofía, procesos de subjetivación filosófica y bimodalidad*. Argentina, EUNSa.
- Gaspari, Ilaria (2023), *Pequeño manual filosófico para personas emotivas*. Buenos Aires, Paidós.
- Gentiletti, María Gabriela (2021), *La creación de mundos opcionales para huir de la esclavitud maquínica*. Argentina, Homo Sapiens.
- Guanzini, Isabella (2017), *La ternura*. Barcelona, Plataforma.
- Guzmán Marín, Francisco (2024), «La sociedad enferma», en *Prometeica. Revista de Filosofía y Ciencias*, vol. 29, pp. 204-218, <<https://doi.org/10.34024/prometeica.2024.29.15913>>, [10/11/2024].
- Han, Byung-Chul (2014), *La agonía del Eros*. Barcelona, Herder.
- Han, Byung-Chul (2012), *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder.
- Heidegger, Martin (s. f.), *¿Qué es la filosofía?* (Jesús Adrián Escudero, prólg.). Biblioteca digital Minerd-Dominicana Lee [1956], <<https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/4tXN-heidegger-martin-que-es-la-filosofiapdf.pdf>>, [10/11/2024].
- Jaspers, Karl (1953), *La filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Lewis, Clive Staples (1995), *Los cuatro amores*. Editorial Universitaria.
- Lyotard, Jean-François (1989), *¿Por qué filosofar? Cuatro conferencias*. Buenos Aires, Paidós.
- Phillips, Christopher (2007), *Sócrates enamorado: filosofía para el corazón apasionado*. Madrid, Taurus.
- Platón (1988), *Banquete*, en *Diálogos III* (Carlos García Gual et al. eds.). Madrid, Gredos, pp.143-287.